

El hombre como ser social en Juan David García Bacca

Por Carmen L. BOHÓRQUEZ*

El hombre no surge por “abstracción”. Surge paso a paso por vernos, oírnos, entendernos, hablarnos (p. 24). La Humanidad —Nos los hombres— se inaugura real y verdaderamente en el cuerpo social—no el dramático o teológico, religión o arte (p. 31).

Un hombre habla con otro, los dos en cuanto hombres, cuando se hablan por medio de ojos que ven que se los ve; cuando uno se ve por los ojos de otro, ve que los ojos de otro lo ven, lo cual es verse por ellos. Los dos ven que se ven, y de cuatro ojos se hace una vista humana. Un nos vemos, un Nos vidente (p. 17).

El conocimiento asciende entonces, por salto dialéctico, a reconocimiento [...] Cuando nos resistimos a vernos, a vernos por los ojos de otro, a dejar y aceptar que otro vea que lo vemos, y a su vez que él vea por mis ojos, que los haga suyos, lo rebajamos y nos rebajamos a cosa. Cosificamos el nos; y resulta éste, éste, éste [...] sobre esto, esto, esto; cosa entre cosas. Individualismo-pluralismo (p. 18).

Yo, yo, yo [...] nunca nos dará un Nos. Cuanto más insista en eso de mis —ojos, orejas, manos—, tanto más animal racional soy, tanto menos viviente político —o Nos. La cosa hombre es animal racional, el hombre humano es viviente social; es Nos el Hombre (pp. 18-19).

La personalidad no se mide por la “dosis de soledad que un hombre es capaz de aguantar”, sino al revés, por la dosis de comunidad, de sociedad que un hombre es capaz de aguantar, aceptar y dar por bienvenida (p. 29).¹

DEBEMOS CONFESAR que intentamos parafrasear algunas de estas ideas tratando de lograr una introducción a este trabajo que nos permitiera, además de adentrarnos en la concepción antropológica de Juan David García Bacca, capturar desde el comienzo la atención del lector.

* Profesora titular emérita de la Escuela de Filosofía de la Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela; e-mail: <cbohorquez@cantv.net>.

¹ Juan David García Bacca, *Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado*, Mérida, Venezuela, Universidad de Los Andes, 1967.

Luego de batallar inútilmente con ellas, nos dimos cuenta de que estábamos lidiando con expresiones tan bellamente construidas y tan conceptualmente acabadas que hacían parecer vacía cualquier paráfrasis. Pero además, que pocas veces habíamos leído unos textos que fueran más pertinentes a una problemática actual, como éstos del maestro García Bacca. Y lo decimos no sólo por lo que toca a esta urgente necesidad que se nos impone hoy a los venezolanos de aprender a dialogar y a construir con tu palabra y la mía, ese *nosotros* del que depende la construcción en paz de una sociedad verdaderamente justa, sino también por lo que toca al convulsionado contexto mundial.

Hoy más que nunca se hace necesario “*vern*os, oírnos, entendernos, hablarnos”, para que esta “colectividad viviente de cultura enraizada en tierra”, en esta hermosa tierra de la que todos y cada uno formamos parte, se constituya en una gran asamblea de ciudadanos en la que el sentido de lo comunitario, del bienestar general, del respeto al otro, cualquiera que sea su condición social, su origen étnico, su religión o su postura ideológica, prive por sobre el provecho personal, por sobre cualquier interés económico, por sobre cualquier apetencia de poder.

Este diálogo sólo será posible, como bien lo explicita García Bacca, si somos capaces de comprender que “la Humanidad —*Nos los hombres*— se inaugura real y verdaderamente en el cuerpo *social*”. Esto es, que el hombre no deviene tal si no es en su relación con los otros; sólo en el momento en que reconoce su imagen en la mirada del otro; cuando se ve visto, no cuando ve. Y es en ese *vern*os, oírnos, hablarnos, que el hombre puede ir construyéndose en cuanto tal. No hay esencias dadas, no hay lugar para los determinismos ni para los autarquismos. La humanidad, esto es, aquello que nos hace humanos, sólo puede entenderse y vivirse en colectivo, en comunidad. Fuera de ella tan sólo podemos ejercitar nuestra racional animalidad y de ello sobran los ejemplos.

Hombre y sociedad son entonces términos y entidades que en García Bacca se definen y se construyen mutuamente, y no es posible pensar el uno sin el otro. El hombre se inventa entonces en la práctica social.

Ahora bien, por lo que respecta al estudio de García Bacca, podemos decir que estas nociones cumplen también una función intrasistémica que tal vez no hemos valorado en su justa dimensión. Casi estamos convencidos de que no puede entenderse la arquitectura de su pensamiento si no tomamos esta tesis como el fundamento sobre el cual el mismo se construye. Cuestión que parece quedar corroborada por la misma versatilidad del pensamiento de García Bacca, en tanto se

nos muestra como un querer dar cuenta de las infinitas vías por las que la reflexión puede transitar; vías que le son infinitas no en cuanto inherentes a un determinado individuo, sino en tanto éste se encuentra inserto en un “cuerpo social”.

Esta concepción nos permite explicar también la reticencia a dejarse encasillar en un *ismo* determinado, puesto que para él, el hombre es por definición un ser social, esto es, producto de la interrelación con los otros—lo que implica convivir con una multiplicidad de perspectivas—por lo que resultaría a todas luces contradictorio que admitiera luego la noción de un individuo estático o anclado en una particular visión del mundo. Para nuestro filósofo lo importante es que el hombre “se vaya inventando nuevas maneras de ser; y no esté atascado desde siempre y para siempre en una sola definición [...] que el hombre no tenga esencia, que tenga historia [...] ‘el hombre es invento’, tal sería—afirma—la única definición buena de hombre”.² Así, dinámico como la vida misma, el pensamiento del hombre está sujeto a las consecuencias de ese dinamismo: “Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”, como le gustaba recordárnoslo.

Esta preocupación central por el hombre ha llevado a algunos estudiosos de su pensamiento a sostener que para nuestro filósofo, “no hay más persona divina que el individuo humano creador, que transforma la naturaleza en civilización y, con ello, humaniza el universo y diviniza lo humano”.³ Si bien esta afirmación recoge muy bien esa fe inquebrantable en el hombre que tenía García Bacca, creemos sin embargo que la misma no es completa, pues sólo subraya, digámoslo así, sus implicaciones racionales; esto es, aquellas que tienen que ver con la producción de conocimientos o, lo que es lo mismo, con un serio conocimiento de la realidad, el cual en nuestros tiempos se expresa particularmente en términos científicos.

Sobre este particular se ha subrayado siempre la extrema importancia que García Bacca confiere al estudio de la matemática, de la física, de la economía, de la sociología etc., sin que esto signifique, como algunas veces se ha creído, que las ciencias primen sobre la filosofía, sino que el dominio o al menos un conocimiento sólido del estado actual de las ciencias es lo que va a poder permitirnos una real

² Cf. José Rafael Revenga, “Invitación a filosofar”, artículo publicado en ocasión del centenario de Juan David García Bacca, *Papel Literario*, suplemento de *El Nacional* (Caracas), 7-VII-2001, p. 3.

³ Cf. Gerardo Bolado Ochoa, *Juan David García Bacca*, en DE: <www.ensayo.rom.uga.edu>, página editada por José Luis Gómez-Martínez; véase igualmente, Juan David García Bacca, *Qué es Dios y quién es Dios*, Barcelona, Anthropos, 1986.

comprensión de nuestra realidad; y si los nuevos datos de la ciencia nos llevan a negar las tesis que veníamos defendiendo, necesariamente tendremos que estar siempre dispuestos a dejarlas de lado para abocarnos a formular una nueva interpretación.

Por otra parte, también es cierto que para García Bacca ciencia y técnica, como manifestaciones por excelencia de la razón creadora, se constituyen en principios civilizadores que garantizan un futuro promisorio a la humanidad. Y esto no sólo por lo que respecta a su sentido pragmático, es decir, en cuanto a la resolución de problemas que afectan el bienestar material del hombre, sino también por lo que tiene que ver con su realización ontológica en tanto sujeto creador.⁴ Ahora bien, aunque es evidente que gracias a la técnica el hombre ha humanizado el universo convirtiendo el “paisaje natural” en “paisaje artificial”, de igual modo es necesario subrayar que en este proceso transformador de la naturaleza también el hombre ha ido gradualmente comprendiéndose como parte constitutiva de la unidad de lo real, ha transformado su conciencia natural en conciencia social.⁵

“Por el simple hecho de hacer, y dejar hecho algo, el individuo se hace social; y cuanto más haga, tanto más crecerá su socialización”. Pero no es sólo el individuo el que se hace social, sino que todos sus productos, incluida la filosofía, son igualmente sociales: “El hacerse es, ha sido individual; lo hecho es social. El individuo lo ha hecho, no en cuanto fulano de tal, sino en cuanto hombre, como uno de los miembros de la sociedad”;⁶ por lo que ni lo hecho, ni la invención del cómo hacerlo pueden, de suyo, ser monopolizados por sistema o nación alguna, pues pertenecen a la humanidad en general. “Eso de propiedad individual —dice— no pasa por tanto de ganas; y se mantienen tales ganas, atentados e intentos, a fuerza de puños [...] no teoría alguna ni derecho de ninguna clase”.⁷ Tanto creyó en ello que consideró inevitable, a pesar de todos los puños, el advenimiento del socialismo en el mundo. La única manera de evitarlo, decía, es no hacer nada”, esto es, deteniendo la acción creadora; lo cual es, evidentemente imposible.

⁴ Juan David García Bacca, *Elogio de la técnica*, Caracas, Monte Ávila, 1968, p. 86.

⁵ “Los contenidos de una conciencia social, organizada y organizante, surgen a lo largo de la historia; y son las conquistas del hombre en cuanto inventor, no sólo de instrumentos destacadamente materiales [...] sino de instrumentos ‘sociales’, como preceptos morales, normas de derecho, oráculos de Delfos [...] y no sólo de instrumentos sueltos [...] sino de sistemas o compendios de inventos, cual galera, avión, computadora [...] constituciones políticas, teología moral, dogmáticas [...] economía política, capitalista o comunista”, en *ibid.*, p. 147.

⁶ *Ibid.*, p. 139.

⁷ *Ibid.*, p. 140.

De esta interdefinición hombre-sociedad se derivan también otras implicaciones, de carácter ético, que nos gustaría igualmente subrayar y que tienen que ver con la concepción misma de la filosofía. En efecto, una vez afirmado el contenido social de las ideas y la propiedad colectiva de sus realizaciones, la filosofía deja de ser simplemente un saber, para convertirse también en compromiso:

No es separable —afirma García Bacca ante los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela— el hacer filosófico de una posición crítica frente a la historia y la sociedad [La filosofía] viene a la realidad como suceso histórico, tiene historia; y como hacer colectivo de una sociedad, partido, iglesia [...] Toda idea —dice parafraseando a Marx— viene a la realidad por medio de un individuo [Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes, Kant, Hegel, Marx] y no hay manera de que venga de otro modo; pero no adquiere su propia fuerza, valor y significado hasta que toma estado social.⁸

Cuando García Bacca habla de esta idea de la filosofía como compromiso, se refiere fundamentalmente al compromiso del filósofo con la realidad en la que se encuentra inserto, más que al compromiso que éste tiene con la propia teoría filosófica que propugna. En efecto, si bien es cierto que como él mismo lo reconoce existen filosofías, vale decir el marxismo, que implican de por sí un compromiso y otras que, como la filosofía analítica, no se comprometen “ni sociológicamente, ni económicamente, ni metafísicamente, ni nada [por lo que] es inofensiva para toda clase de regímenes”,⁹ no puede por ello decirse que el compromiso del filósofo sea consecuencia automática de su adhesión a una u otra filosofía. Antes por el contrario, el compromiso se deriva de un acto de voluntad, constituye un acto de responsabilidad ética y se expresa en la actitud que personalmente se asuma respecto a problemas concretos de la realidad en la que el filósofo se encuentre inserto; de modo que así como hay marxistas comprometidos, también abundan, dice, los que lo son por “novelería” y que a la larga resultan tan o más inofensivos que los analíticos.

Lo que importa entonces es el compromiso del filósofo con su realidad, sin que esto implique necesariamente una postura marxista. Sin embargo, en el caso de nuestro filósofo, él mismo reconoce haberse asumido como tal en un momento de su vida,¹⁰ pero también haber

⁸ “Entrevista al Dr. Juan David García Bacca”, *Nueva Expresión* (Caracas), núm. 1 (marzo de 1980), pp. 12-14.

⁹ “Entrevista a Juan David García Bacca”, *Apuntes Filosóficos* (Caracas), núm. 13 (1998), pp. 175-176.

¹⁰ *Ibid.*, p. 178.

sido luego otras cosas en ese camino que fue haciendo en su largo andar: “Yo siembro —dice— y no me preocupa lo demás. Si con todo lo que he escrito, consiguiese que de alguna manera marxista o no marxista, o bien de filosofía analítica o de lo que les dé la gana, se preocupen en firme por comprometerse —no precisamente en una política determinada, sino como Platón—, me consideraría feliz”.¹¹ Con lo cual reafirma su postura de que más importante que las tesis filosóficas mismas lo es el compromiso personal del filósofo.

Esta idea de compromiso, corolario de su concepción hombre-sociedad, contribuye también a explicar la versátil producción intelectual de nuestro filósofo. Se trata de un compromiso con una realidad que es siempre cambiante, constituida por “novedades” que pueden en cualquier momento imponer nuevos rumbos. Así, en un texto escrito en 1991 y siguiendo un tanto a Bergson, dice: “Se vive siéndose manantial de novedades, sintiéndose improvisación de espontaneidades, siéndose estrenador de originalidades, sintiéndose arrebatado por escaladores de trascendentalidades”.¹²

La decadencia sobreviene cuando nos dejamos llevar por “la ley de la inercia, de la repetición y la uniformidad de las leyes físicas y biológicas que tratan a todos como un cualquiera, como Don Nadie”.¹³ Tener entonces conciencia de la riqueza del vivir, con sus originalidades y espontaneidades, y sentirnos obligados a proponer alternativas viables para un problema determinado, es tener conciencia del compromiso que como filósofos tenemos con la sociedad en que vivimos, con la humanidad en general y con la historia misma. No deja por ello García Bacca de alertarnos contra la soberbia y la vanidad, al advertirnos que nuestra responsabilidad es siempre y en todo caso limitada, por lo menos en cuanto al tiempo (no sólo por lo que respecta al propio ciclo vital, sino porque no se puede predecir el futuro), aunque no en cuanto a la circunstancia, por lo que más allá de la comprensión y la interpretación de la realidad está la tarea de su transformación.

Esta conciencia del vivir como manantial de novedades y del compromiso asumido respecto a las circunstancias en las que se desenvuelve la vida, puede igualmente constatararse en su concepción de la historia y, particularmente, de la historia de la filosofía. En “Algunos

¹¹ *Ibid.*, p. 176.

¹² Juan David García Bacca, “Divertimientos y migajas filosóficas-científicas-literarias”, *Papel Literario*, suplemento de *El Nacional* (Caracas), 30-vi-2001, p. 1. El texto completo fue editado como *Divertimientos y migajas*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, 2001.

¹³ *Ibid.*

conceptos históricos de ‘Verdad’ y su significado vital”,¹⁴ publicado en 1945, García Bacca reclamaba ya una historia de la filosofía viviente, auténtica, temporal, al estilo de Dilthey, y no los tradicionales “cuentos” o vidas de filósofos, que más que saltos cualitativos de racionalidad creadora, son presentados como relatos casi míticos de seres irreales o de profetas que habían anunciado la “Verdad” establecida. Cualquier cosa menos admitir que la vida es cambio permanente y que también la verdad tiene historia:

“Yo soy el camino, la verdad y la vida”, dijo Jesucristo [...] Y la unión íntima entre verdad y vida, no una unión palabarrera, hace inevitable que la Verdad tenga historia, un original tipo de historia que no es historia de cuentos y recuentos de errores ajenos, sino evolución con sentido, progreso según leyes, no seguir esencias, sino serie de invenciones, no cadena de deducciones.¹⁵

De esta manera, García Bacca concibe la historia de la filosofía como serie de rupturas y repetidas veces, al trazar su propio itinerario intelectual, él mismo va marcando saltos epistemológicos determinados por sucesivas confrontaciones o “choques” contra el fondo intelectual anterior¹⁶ o, parafraseando a Machado, como saltos que le permiten superar la angustia del callejón sin salida en que se convierten los sistemas que se le han hecho estrechos y con ello logra de nuevo encontrarse en campo libre.¹⁷ Es evidente el paralelismo que establece nuestro autor entre historia social e historia individual. Tanto una como otra se sustentan sobre una misma concepción básica, la de la historia viviente, circunstanciada y, por supuesto, comprometida. Es desde esta concepción que García Bacca aborda las concepciones de los grandes filósofos y de las diversas corrientes filosóficas, haciendo hincapié todo el tiempo en las vinculaciones del pensamiento de estos filósofos con los problemas fundamentales del hombre en ese momento determinado. En esta visión historicista y “circunstancialista” de la filosofía, como ya ha sido señalado en otros estudios sobre su pensamiento, está presente la influencia de Ortega y Gasset, de la que también José Gaos se haría eco.

¹⁴ *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), vol. 7, núm. 52 (septiembre-octubre de 1945), pp. 33-46.

¹⁵ *Ibid.*, p. 34.

¹⁶ Juan David García Bacca, “Autobiografía intelectual”, en *Autobiografía intelectual y otros ensayos*, Caracas, ucv, 1983, pp. 25-45.

¹⁷ Cf. Juan David García Bacca, “El camino del pensar”, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), vol. 23, núm. 144, (enero-febrero de 1961), pp. 6-13.

Pero si comprometido es el pensamiento filosófico que se analiza, también lo es aquel que lo toma como objeto de estudio. Es decir, también este pensamiento se posiciona, discrimina y selecciona, de acuerdo a su propia circunstancialidad, los temas o las categorías de análisis que mejor le hablan o que mejor le sirven para enfrentar los problemas que le son pertinentes o relevantes. Y en esto no hay que andar con falsos pruritos: “Seamos sinceros. No hay historia de la filosofía imparcial”.¹⁸ Tampoco podría serlo de otra manera, porque el compromiso lo hace a uno responsable de lo dicho o hecho, aun cuando nos neguemos a reconocerlo.

Quienes trabajamos en el campo de la historia de las ideas en Latinoamérica, no podemos menos que reconocer en estos planteamientos de García Bacca una repuesta a las frecuentes objeciones que desde otros ámbitos culturales o desde otras corrientes del pensamiento se han levantado con respecto a nuestro particular hacer filosófico. La necesidad de historiar las ideas surgidas en nuestra América, así como la de determinar su autenticidad u originalidad a partir de sus “contenidos sociales”, esto es, en tanto se relacionan con los problemas fundamentales del hombre latinoamericano, no ha sido en general comprendida por quienes entienden la universalidad como la primacía de lo uno y no como el conjunto de lo diverso. No poca tinta ha tenido que correr para justificar la existencia de un pensamiento propio, e incluso para justificar nuestro derecho a tenerlo.

No pretendemos en este momento revivir una discusión que consideramos superada, a pesar de que persisten las reticencias de aquellos que no comparten la tesis de que todo pensamiento es situado y que muchas veces su pretendida universalidad no le viene sino de la particularidad histórica de haber surgido en el seno de un centro político y cultural hegemónico. Incluso temas de reconocida “universalidad” como la razón, el bien, la justicia, el ser, no son ajenos a las determinaciones históricas desde las cuales han sido pensados.

Ya nos alertaba García Bacca sobre estos filósofos que olvidándose de que su compromiso es con un pueblo, se vanaglorian de poner su intelecto en sintonía exclusiva con Kant, con Heidegger o con cualquier otro que haya escrito en alguna lengua imperial. Para nuestro filósofo, la independencia del pensamiento está estrechamente ligada a la independencia de la lengua; por ello denuncia la idolatría por las lenguas foráneas y a aquellos que creen “ridículamente” que sólo puede filosofarse bien en lengua germánica o inglesa. Y esto lo dice quien

¹⁸ Juan David García Bacca, *Lecciones de historia de la filosofía*, Caracas, ucv, 1972-1973, vol. 1, p. 5.

manejaba con fluidez varias lenguas, incluida aquélla en la que se gestó la filosofía occidental. Y lo dice porque está convencido de que decir lengua es decir pueblo:

Lo primero que hace falta, pues, para que la *palabra* individual ascienda a la categoría de *voz* es que se ponga *a tono* con el pueblo, que es colectividad viviente de cultura enraizada en tierra [...] Si el poeta [el escritor, agrega él] no está a tono con el pueblo su voz no resonará. Será voz del que clama en el desierto, hablará para oírse; narcisismo verbal, ridículo e infecundo [...] Escribir a tono con el pueblo de los grandes problemas que rodean al hombre, es sin duda la más urgente y responsable de las tareas que hoy se presentan al escritor contemporáneo.¹⁹

Y, evidentemente, para estar a tono hay que hacerlo en la lengua que es común a todos: la materna. Es allí donde comenzamos a hacer filosofía auténtica, original: “Filosofar ha de hacerse, para serlo real de verdad, en la lengua materna”.²⁰ Consecuente con ello, la obra de García Bacca no sólo es, a nuestro juicio, filosofía hecha lengua, sino, más aún, lengua hecha filosofía.

A la luz de estas propuestas y desde nuestra praxis filosófica latinoamericana, bien podríamos entonces sostener que no es en la abstracción donde radica la universalidad de un pensamiento, sino en su saber penetrar la esencia de lo humano; esencia que se despliega en formas infinitas de humanidad concreta y a la cual, por lo tanto, es posible aproximarse desde múltiples y variadas vías.

Entender la universalidad de esta manera implica, a todas luces, aceptar que no existe una forma privilegiada de pensar lo humano, como tampoco temas que sean ajenos a la reflexión filosófica. De igual modo, en tanto no se puede negar que las concreciones de lo humano son plurales y diversas, las posibilidades del ejercicio del pensamiento no pueden por lo mismo circunscribirse a un ámbito histórico o geográfico. Con ello queremos decir que todo cuestionamiento sobre la naturaleza o la autenticidad de una reflexión filosófica particular no puede estar determinado por su grado de aproximación o semejanza a una racionalidad concreta instaurada como modelo, sino por la potencialidad esclarecedora que la misma muestre en la resolución de los problemas más acuciantes de la realidad en la que se encuentre inserta. No es otro el sentido de la filosofía ni puede llamarse filósofo quien

¹⁹ Juan David García Bacca, “Comentarios a *La esencia de la poesía* de Martin Heidegger”, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), núm. 114 (1956), pp. 3-10.

²⁰ Juan David García Bacca, “Filosofía y lengua”, en *id.*, *Ensayos*, Barcelona, Península, 1970, p. 27.

permanezca ajeno a las exigencias de su tiempo. Será, pues, el abordaje crítico de estas exigencias el que de alguna manera pruebe la “filosofeidad” de un pensamiento dado, y esto más allá de la perspectiva ideológica desde la cual se articule la respuesta.

En este orden de ideas y en una mirada retrospectiva del quehacer intelectual de nuestra América, no resulta difícil encontrar claras manifestaciones de un pensamiento crítico que en diversos momentos de nuestra historia buscó, en primer lugar, determinar y clarificar las preguntas por las que podía dar cuenta de la problemática que le interpelaba y, en segundo lugar, intentar una respuesta a los interrogantes planteados que permitiera superar dicha problemática y sentar las bases de un proyecto histórico común.

Sin embargo, no fue fácil llegar a la conciencia de la necesidad de emprender esta tarea, hipnotizados como estábamos por los fulgores de los grandes nombres del pensamiento occidental e inseguros, al mismo tiempo, de nuestras propias capacidades reflexivas, tras largos siglos de dependencia cultural. Allí están, sin embargo, los tempranos reclamos de Simón Rodríguez y de Andrés Bello, seguidos años después por Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, continuados por José Martí, José Enrique Rodó o José Vasconcelos y por otros pensadores que en diversos rincones de este continente se hicieron la pregunta por la identidad, así como por otros problemas acuciantes de nuestra realidad, e intentaron en consecuencia articular una respuesta si no original, al menos auténtica.

Esta preocupación, sin embargo, siguió un curso intermitente y a veces el esfuerzo y los logros alcanzados se diluían en largos periodos de silencio. No es sino hasta la llegada de ese extraordinario contingente de intelectuales españoles que buscan en América un bien máspreciado que las especies y el oro, que la preocupación por una filosofía original se hace sostenida.

Casualmente esto ocurre en los años cuarenta del siglo xx, es decir, un siglo después de que Alberdi clamara por una real independencia mental. En ello fueron determinantes, entre otras prestigiosas figuras, las enseñanzas de José Gaos, en México, y de García Bacca, en Ecuador y Venezuela. La libertad de pensamiento y de acción que estos intelectuales recuperaron en tierras americanas les permitió desarrollar a plenitud su visión historicista de la filosofía, inaugurando con ello en cierta manera el estudio crítico de la historia de las ideas y confiriéndole sistematicidad.

Convencidos de la necesidad que tiene todo pueblo de conocer y valorar críticamente su pasado para, a partir de allí, comprender y

transformar el presente, estos grandes hombres se dedicaron con infatigable y prolífico esfuerzo a hacer camino en esa dirección. De la fecundidad de ese esfuerzo hablan, por ejemplo, las obras de Leopoldo Zea, Luis Villoro y otros. La pregunta por el pasado revivió de inmediato la pregunta por la posibilidad de una filosofía latinoamericana; cuestión que se hizo una constante entre los pensadores latinoamericanos y de la cual es expresión la ya clásica polémica entre Augusto Salazar Bondy y Leopoldo Zea.

En el caso de Venezuela, pocos han contribuido tanto a esta vital empresa como lo hizo Juan David García Bacca. Y si bien no fue nunca proclive a adjetivar la filosofía —por cuanto lo consideraba tan sin sentido como adjetivar los logaritmos—, su propia vida y obra contribuyeron grandemente a elevar no sólo el nivel de la filosofía académica practicada en las universidades venezolanas, sino, y esto es lo que pretendo especialmente subrayar, a descubrir nuestras propias creaciones en el campo de la filosofía y a emplazarnos a derrumbar una serie de mitos que al respecto nos mantenían, cual moderno Prometeo, encadenados a la roca del pensamiento europeo.

Al asumir la tarea de combatir la amnesia histórica y el deslumbramiento concomitante por las ideas foráneas y convocarnos a la reconstrucción del mapa conceptual por el que la sociedad venezolana comenzó a ensayar su constitución como tal, García Bacca dio no sólo continuidad sino también renovada pertinencia a la lucha por la emancipación mental. Como fundamental preocupación en este sentido y condición *sine qua non* para avanzar en esa dirección, insistió y exigió el conocimiento profundo de la lengua materna porque de lo contrario “habremos de ser los hispanoamericanos eterna colonia filosófica de”. A su juicio, conocer alguna de las lenguas “filosóficas” modernas o las lenguas clásicas, “no es condición ni necesaria ni suficiente para ser grande ni pequeño filósofo”, pero sí lo es el conocer la lengua materna.

Por otra parte, decimos nosotros, siendo la lengua elemento constituyente de la realidad, ¿cómo podríamos comprenderla y mucho menos transformarla si nos empeñamos en pensarla desde códigos que responden a una realidad diferente? ¿Cómo podríamos escribir para el pueblo, o aprender de él, como aspiraba el poeta y lo buscó fervientemente el filósofo, o siquiera estar a tono con él, si pretendemos permanecer en un registro diferente, si persistimos en desentonar? O, retomando las palabras iniciales de García Bacca, ¿cómo podríamos hablarnos, entendernos, construir un *Nosotros*, en fin, dialogar, si no hablamos la lengua sobre la que se ha construido la comunidad? Para poder escuchar la palabra del otro, es necesario ubicarse en el

mismo registro musical y hacerse consciente de que una sinfonía requiere la combinación de diferentes notas, es decir, de una real polifonía. Por tanto, nuestro discurso no puede negar en ningún momento el discurso del otro a riesgo de que la palabra se convierta, como dice Augusto Roa Bastos, en un sonido.

De lo dicho hasta aquí se desprende una clara enseñanza: diálogo y compromiso, responsabilidad del intelecto ante la interpelación de la realidad social, ejercicio de la crítica como ejercicio de la diversidad en el marco del mutuo respeto y del apego a las leyes, y, sobre todo, aprender a escuchar y a estar a tono con la voz del pueblo, para que los referentes de nuestro lenguaje logren constituir la trama de un discurso auténtico en el que nos podamos reconocer de manera plena. Nos atrevemos incluso a pensar que es éste el compromiso ético que García Bacca nos exigiría hoy a todos los venezolanos y, particularmente, a quienes pretendemos erigirnos en intérpretes de la realidad actual.